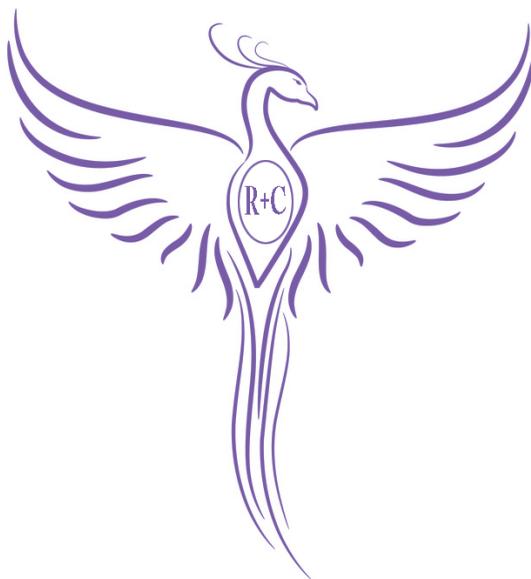


MANIFIESTO

**Nuevas bodas químicas
de Christian Rosenkrenz
1616 - 2016**



¡Cosmica lex successit!



Antiquus Mysticusque Ordo Rosae Crucis

MANIFIESTO

1616 - 2016

**Nuevas bodas químicas
de Christian Rosenkreutz**

Primera edición: enero de 2016

© Todos los derechos reservados.

MANIFIESTO

Como autor de este Manifiesto, desearía presentarme antes de que lo conozcáis. En el pasado era conocido por el nombre de Christian Rosenkreutz, fundador mítico de la Orden de la Rosa-Cruz, sociedad secreta cuyo origen sitúan los historiadores del esoterismo a comienzos del siglo XVII, pero cuya Tradición es mucho más antigua porque se remonta a las Escuelas de los misterios del antiguo Egipto.

En la «*Fama Fraternitatis*», publicada en 1614, está explicado en detalle cómo y por qué, tras haber recorrido el mundo a la búsqueda de los principales eruditos de la época, llegué a crear la Orden de la Rosa-Cruz. Formada en su origen por algunos miembros versados en hermetismo, alquimia y cábala, se fue desarrollando a continuación perdurando hasta nuestros días. Al ser su fundador, he continuado velando por su destino tanto en el plano espiritual como cuando estaba encarnado aquí abajo.

Se publicó un segundo Manifiesto al año siguiente, en 1615, la «*Confessio Fraternitatis*». Sin entrar en detalles, diré que es una prolongación de la «*Fama*» y que la completa dando precisiones sobre las reglas y el funcionamiento de la Fraternidad Rosacruz, tal como yo las había establecido. En el «*Liber Mundi*» (El Libro del Mundo) pueden encontrarse igualmente revelaciones sobre la verdadera finalidad de la alquimia y sobre la Ciencia que poseen los Rosacruces para realizar la regeneración espiritual de la humanidad.

Vino a añadirse a los dos precedentes un tercer Manifiesto publicado en 1616. En un estilo muy diferente, relata un sueño que tuve en la época en que fundé la Orden de la Rosa-Cruz. Durante este sueño me vi conducido a un periplo iniciático de siete días, al final del cual fui invitado a las bodas de un Rey y de una Reina celebradas en un misterioso castillo. Este sueño alegórico, jalonado de referencias

alquímicas, ha sido objeto de muchas interpretaciones, algunas elocuentes e inspiradoras, otras fantasiosas e incluso absurdas.

En mi vida presente, nací el 13 de diciembre de 1982 en París, esta Ciudad de Luz donde los Rosacruces se dieron a conocer en 1623 por los carteles que aparecieron aquí y allá en las calles, pegados en las paredes. Permitidme recordar su texto:

«Nosotros, diputados del Colegio Principal de la Rosa-Cruz, nos establecemos en esta ciudad de manera visible e invisible por la Gracia del Muy Alto, hacia el que se vuelve el corazón de los Justos. Mostramos y enseñamos a hablar, sin libros ni marcas, todo tipo de lenguas de los países donde elegimos permanecer para sacar a los hombres, nuestros semejantes, del error de la muerte.

Si alguien quiere vernos solo por curiosidad, jamás se comunicará con nosotros, pero si la voluntad le lleva realmente a inscribirse en el registro de nuestra Confraternidad, nosotros, que juzgamos los pensamientos, le haremos ver la verdad de nuestras promesas; por eso no comunicamos el lugar de nuestra residencia en esta Ciudad, porque los pensamientos unidos a la voluntad real del lector serán capaces de darnos a conocer a él y él a nosotros».

Deseando guardar el anonimato, no os diré dónde me alojo, ni cuáles son mis actividades, ni nada que pueda permitir que lleguéis hasta mí. Conforme a las reglas que mis hermanos y yo mismo habíamos fijado con anterioridad, debo permanecer *«invisible»*. Es posible que nos encontremos un día, pero en este caso, seré yo quien llegue hasta vosotros. Debéis saber, no obstante, que mi devoción a la Rosa-Cruz continúa siendo absoluta y que ella es y continuará siendo mi vía espiritual, hasta mi reintegración final y definitiva en el Alma universal.

Lo creáis o no, no me hubiera tomado el tiempo ni la molestia de escribir estas páginas si no hubiera sentido la imperiosa necesidad de hacerlo, como continuación de un sueño que tuve la noche del

20 de marzo de 2015, día de la primavera, cuya naturaleza y contenido me incitaron a ponerlo por escrito. Juzgar por vosotros mismos: después de haberme acostado, no sin haberme tomado mi tiempo para meditar sobre la jornada que acababa de pasar y que, según me parecía, había sido constructiva, me dormí profundamente. En lo más profundo del sueño, me vi de repente dentro de un huevo de cristal de aproximadamente tres metros de alto y algunos centímetros de espesor. Perfectamente translúcido y simétrico, era de una gran belleza y de una perfecta regularidad. Me encontraba de pie en su centro, como levitando, y me sentía especialmente bien.

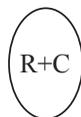
Pasada la primera impresión, observaba el huevo con atención. Entonces vi, en la parte superior, grabadas en el cristal, a igual distancia sobre el conjunto de su perímetro, los símbolos de la sal, del mercurio y del azufre: $\ominus \text{♀} \triangle$. Tal como estaban dispuestos, se podían unir por medio de un triángulo imaginario.

A media altura del huevo, reconocí los símbolos de la tierra, del aire, del agua y del fuego : $\nabla \triangle \nabla \triangle$. Situados como si estuvieran en su circunferencia, formaban un cuadrado invisible.

En la parte inferior del huevo, allí también dispuestas a igual distancia sobre su perímetro, se ofrecían a mí vista las letras hebraicas *aleph*, *mem* y *shin*: $\aleph \ mem \ \aleph$. También ellas podían ser unidas por un triángulo imaginario.

Me fijé igualmente en que la parte redondeada del huevo, en lo alto, estaba coronada por una representación del Sol, mientras que en la parte de abajo había una representación de la Luna.

Partiendo de lo alto del huevo hacia lo bajo, a mi izquierda, podía leer: *Ad Rosam per Crucem*, y de abajo a arriba, a mi derecha: *Ad Crucem per Rosam*. El conjunto correspondía a una fórmula esotérica familiar a todos los Rosacruces, pero sobre la que por ahora voy a guardar silencio...



Primera etapa

Lunae auspiciis...



De repente, el huevo comenzó a elevarse lentamente en vertical, antes de detenerse suavemente. No podría decir cuánto tiempo duró esta ascensión, pero me sentí transportado a otra dimensión. Este sentimiento se confirmó cuando, al mirar al espacio que me rodeaba, pude contemplar la Tierra. Ante esta visión tan bella como extraordinaria, comprendí mejor por qué se la llama «*planeta azul*» y por qué los astronautas se sienten tan conmovidos cuando la ven desde las estaciones espaciales o desde sus naves, hasta el punto de dejar de dudar de la existencia de Dios. Mientras permanecía sumido en esta contemplación, una voz dulce, venida del espacio, llegó hasta mí:

«Mira la gran obra de la Luna: los humanos de los que formas parte han hecho las paces con la naturaleza y viven en perfecta armonía con ella. Han comprendido por fin que el planeta sobre el que tienen el privilegio de vivir es su madre y que los animales, a los que aman y respetan por completo, son sus hermanos. Mejor todavía, saben que todos los seres que la pueblan son vehículos del Alma universal y que cada uno, a su nivel y manera, participan de la Evolución cósmica».

Intentando ver de dónde provenía esta voz, percibí no lejos de mí, mirando en mi dirección, una silueta etérea de matices plateados. A la vez intrigado y fascinado por esta visión, reflexioné sobre el sentido que podía darle en relación con el idílico cuadro que se ofrecía a mi vista, cuando el huevo, en el que permanecía como en levitación, se elevó de nuevo.

...¡Cosmica lex successit!

Segunda etapa

Martis auspiciis...



Una vez más, al término de un tiempo que no hubiera sabido evaluar, el huevo se detuvo. La vista que se ofreció ante mí era tan fascinante como inspiradora, pero ahora tenía una visión más amplia de la Tierra. Mientras que la contemplaba feliz, otra silueta etérea, de un rojo especialmente luminoso, apareció. Mirándome con dulzura, pero también con intensidad, me dijo:

«Mira la gran obra de Marte: la economía es floreciente en el mundo entero y contribuye al bienestar de todos los ciudadanos, de manera que la sociedad permanece apaciguada y armoniosa. Basada en una moneda única, favorece igualmente los intercambios entre países y contribuye a hacerlos solidarios. Ya no existe la pobreza ni la miseria, porque todos tienen lo que necesitan para ser felices y vivir en buenas condiciones en el plano material».

Mientras miraba a la Tierra escuchando a la entidad espiritual que me hablaba, comprobé que el vidrio del huevo se había convertido en ligeramente rojizo, sin que eso afectara a los colores de lo que podía ver más allá. Comprobé igualmente que su espesor inicial se había reducido un poco. Pero esto no me causó el menor temor. Me sentía muy bien y experimentaba un gran sentimiento de ligereza.

...¡Cosmica lex successit!

Tercera etapa

Mercurii auspiciis...



Cuando el huevo se inmovilizó por tercera vez, la vista que se me ofreció tras este «estrato cósmico», más allá de su belleza siempre tan trascendental, suscitó en mí la impresión de un mundo un poco agitado, y sin embargo sereno. Se podría decir que tenía el sentimiento de un desorden ordenado. Fue entonces cuando una nueva silueta etérea, de reflejos anaranjados, apareció ante mí abriendo mi espíritu:

«Mira la gran obra de Mercurio: los hombres y mujeres que pueblan la tierra se comportan como ciudadanos del mundo, lo que resulta positivo en sus relaciones: cooperación, capacidad de compartir, solidaridad, fraternidad... Existe un Gobierno mundial que no sustituye en modo alguno a los gobiernos nacionales, pero que garantiza su soberanía y favorece el comercio entre ellos. La mundialización, durante tanto tiempo criticada y puesta en duda, es ahora un vector de unión, de comprensión mutua y de progreso social para todos».

En este momento de mi sueño, estaba seguro de que esta extraña ascensión iba a continuar y que volvería a regocijar mi alma con visiones sublimes, pero ignoraba hasta dónde me llevaría. Fue por tanto con curiosidad y confianza como abordé la etapa siguiente, sin perder la Tierra de vista, aunque no sabía verdaderamente si era o no real.

...¡Cosmica lex successit!

Cuarta etapa

Jovis auspiciis...

4

Antes de reemprender su elevación, el huevo, cuya cáscara continuaba adelgazando al mismo tiempo que se ampliaba su aspecto rojizo, basculó sobre sí mismo, de manera que su parte superior se convirtió en la parte inferior, y a la inversa. Curiosamente, y por no sé qué prodigio, esto no afectó en nada a mi cuerpo. Yo permanecí en la misma posición, en levitación, de pie, con la cabeza en alto.

Tuve el sentimiento de que esta etapa de mi ascenso duraba mucho menos tiempo que las anteriores, como si me hubiera teletransportado en vez de transportado. Mi ángulo de visión se había acrecentado todavía más, de manera que la Tierra aparecía ante mí más distante y con una perspectiva mayor. Las palabras son insuficientes para describir lo que mi alma percibió entonces. Como la vez anterior, una silueta etérea se presentó ante mí. El resplandor azulado que emanaba de ella casi se confundía con el azul estelar que me rodeaba por todas partes. He aquí lo que me dijo:

«Mira la gran obra de Júpiter: todos los países, y el mundo en general, están gobernados con sabiduría, de manera que las relaciones humanas se basan en la confianza y en el respeto mutuo. Está muy lejos la época en que la política era partidista y corporativa. Como puedes comprobar, se ha convertido en algo indisociable de la filosofía y no tiene otra finalidad que responder a las necesidades y a los deseos legítimos de todos los ciudadanos sin distinción».

...¡Cosmica lex successit!

Quinta etapa

Veneriis auspiciis...



La impresión de teletransportación experimentada anteriormente siguió confirmándose hasta la nueva parada. El espesor del huevo continuaba disminuyendo, aunque yo tenía el sentimiento de que el vidrio se estaba cristalizando. En cuanto al color rojizo, continuaba acentuándose. Lo que no solo no afectaba en nada a lo que se ofrecía a mí vista desde el exterior, sino que lo sublimaba.

De repente, me vino a la memoria el momento en que, en el quinto día de las «*Bodas químicas*», tuve el honor y el privilegio de contemplar a Venus dormida profundamente en una gran cama con un baldaquín. Al descubrir la silueta etérea que vino a mi encuentro, comprendí por qué había tenido esta visión. Desde donde yo estaba, su resplandor, de un color verde esmeralda, me hizo pensar en las auroras boreales y australes que dan a los polos de la Tierra esa luminosidad tan especial. Ella me dijo mientras me miraba:

«Mira la gran obra de Venus: la paz reina por fin en este planeta que te vio nacer hace ya mucho tiempo. El uso de las armas está prohibido, incluso a nivel de los Estados. La idea misma de la guerra repugna a los ciudadanos, tanto a gobernantes como a gobernados. La fraternidad entre las gentes y entre los pueblos ha dejado de ser una utopía; corresponde a un ideal que todos cultivan en sí mismos y que expresan en lo cotidiano. La humanidad vive por fin al ritmo del Amor universal».

...¡Cosmica lex successit!

Sexta etapa

Saturni auspiciis...



Me hubiera gustado permanecer por más tiempo en este nivel de contemplación, pero el huevo retomó su elevación. De él emanaba como una voluntad, una intención, que presentía sin llegar a comprender. El espesor del vidrio se había reducido a tal punto que tenía la impresión de poder pasar los dedos a través de él, lo que no me atrevía a hacer por miedo a romperlo. Más bien intentaba adivinar lo que, esta vez, regocijaría mi corazón, mi espíritu y mi alma.

Cuando el huevo se paró, me sentí nuevamente maravillado ante tanta belleza y pureza. Cuanto más contemplaba la Tierra, más tenía el sentimiento de ser uno con ella y con la humanidad misma. Una vez más, una silueta etérea vino a mi encuentro. Los matices violetas que emanaban de ella la hacían especialmente evanescente. Entonces me dijo:

«Mira la gran obra de Saturno: la ciencia trabaja por el interés real de la humanidad y con un respeto absoluto a la naturaleza. Su única preocupación es contribuir al bienestar de todos los seres humanos, mejorar sus condiciones de vida y expandir sus conocimientos, o más exactamente, su saber. Dicho de otra forma, ha llegado a ser profundamente humanista y aspira realmente a la felicidad de todos».

...¡Cosmica lex successit!

Séptima etapa

Solis auspiciis...



Por experiencia, sabía que un sueño místico, lo que seguramente era el caso de lo que me ocurría, se desarrolla generalmente siguiendo una especie de protocolo hierático basado en el sincronismo, la ciencia de los números y la ley de las correspondencias. La razón, más que la intuición, me inclinaba a pensar que el ascenso celeste que vivía con tanta curiosidad y felicidad se acabaría con una séptima y última etapa. Por eso, cuando el huevo comenzó de nuevo su elevación, sentí como una tristeza ante la idea de que a continuación solo podría descender y encontrar de nuevo al mundo que había dejado tras de mí. Este sentimiento de tristeza me acompañó hasta lo que pensaba que sería la última parada.

Efectivamente, el huevo en el que yo seguía estando, se paró suavemente. El vidrio era ahora tan fino que solo podía distinguirlo gracias a su coloración, que ya era de un rojo vivo. No llegaba a explicarme cómo esta coloración, que había visto intensificarse gradualmente durante mi ascenso celeste, dejaba que se filtrara sin alteración alguna lo que veía en el exterior. Desde la altura en la que me encontraba, era imposible distinguir la Tierra, tan luminosa era el aura que la rodeaba.

Fue entonces cuando una silueta etérea de reflejos dorados llegó hasta mí para decirme, siempre con esa dulzura tan característica:

«Mira la gran obra del Sol: la religiosidad ha cedido definitivamente el lugar a una espiritualidad basada, no en las creencias, sino en el conocimiento. La mayoría de los seres humanos admiten

como una evidencia la existencia del alma y saben que si viven en la Tierra, es con la finalidad de llegar a ser mejores por medio del contacto con los demás. Además de venerar a Dios Padre, a Yahvé, Alá, Brahma u otros dioses, se dedican a comprender y a respetar las leyes divinas, en el sentido de leyes naturales, universales y espirituales. La humanidad está en el buen camino de su regeneración, e incluso de su reintegración».

...¡Cosmica lex successit!

Todavía sonaban en mis oídos las palabras «*regeneración*» y «*reintegración*» cuando vi venir, desde las seis direcciones del espacio, a las seis entidades espirituales que se me habían aparecido en cada etapa de mi ascensión celeste. Se situaron en círculo alrededor de la que acababa de dirigirse a mí, después entonaron el sonido OM nueve veces seguidas, en una nota que me resultaba desconocida. A la novena entonación, bajo mis ojos maravillados, las siete entidades se fusionaron y dieron nacimiento a una estrella blanca. Ésta enfiló a gran velocidad hacia la Tierra y se fundió en la luz que emanaba de ella.

Apenas unos instantes después, vi surgir de esta luz una forma alada de gran envergadura. A medida que se aproximaba, no dejaba ninguna duda: se trataba de un fénix, ese pájaro mítico tan querido por los alquimistas. Al verle venir hacia mí, recordé por un momento un grabado que había visto unos días antes en el «*Libro de los símbolos secretos de los Rosacruces*», libro que fue impreso por primera vez en el siglo XVIII y que siempre ha servido de base de meditación a los Rosacruces. En él se pueden ver dos fénix bicéfalos, uno que sostiene el Sol entre sus dos picos, y otro que igualmente sostiene la Luna.

Más allá del séptimo cielo

Phoenicis auspicis...

Al recordar este antiguo grabado, continuaba contemplando al fénix. Majestuoso, portaba un magnífico plumaje que tenía exactamente el mismo color que el del huevo en el que había estado en levitación. Mientras comprobaba que así era, me di cuenta de que el huevo se había desmaterializado por completo, o mejor dicho, espiritualizado, y que yo me había liberado de él. La consecuencia fue inmediata: caí en el vacío a una velocidad cada vez más vertiginosa; con toda evidencia, iba a estrellarme contra el suelo y a morir...

En unos segundos, reviví los momentos más relevantes de esta vida que se acababa, especialmente aquellos que estaban ligados a mi caminar rosacruz, pero también los que había vivido en contacto con mis seres queridos y que me habían aportado tanta felicidad. Sin embargo, no experimentaba ni miedo ni pena. Sabía que la muerte no marca el fin definitivo de nuestra existencia, y que no es más que una transición del alma hacia el plano espiritual. Es cierto que tenía el sentimiento de que todavía tenía tareas que cumplir en este mundo, pero esto sería para más adelante; volvería a reencarnar.

Iba a chocar contra el suelo, cuando me sentí agarrado. Al levantar los ojos, me di cuenta de que el fénix acaba de sujetarme delicadamente entre sus garras, salvándome de esta manera la vida. Mejor aún, reemprendió su vuelo y me llevó más allá del séptimo cielo. Desde esta altura celeste, podía ver, no solamente la Tierra, siempre velada por la luz brillante de su aura, sino también a los otros planetas de nuestro sistema solar, desde Mercurio, el más pequeño, hasta Júpiter, el de mayor volumen. Pero la percepción no tenía nada de astronómica; sentía más bien la energía oculta que emanaba de

ella comprendiendo mejor el sentido y el alcance de todo lo que había visto hasta entonces.

El fénix se dirigía ahora hacia el Sol, dejando tras él la Tierra que, muy rápidamente, se había convertido en un punto luminoso perdido en el espacio. Según nos íbamos aproximando cada vez más a él, podía mirar sin sentirme deslumbrado; de la misma manera, no me sentía en absoluto incómodo por el calor de su radiación. Tenía más bien el sentimiento de ser cada vez más espiritual, hasta el punto de no tener consciencia de mi cuerpo y de sentir mi alma en estado puro. Jamás había experimentado tal sentimiento de libertad, de pureza y de serenidad.

Mientras que tanto el fénix como yo estábamos a punto de fundirnos con el Sol, me preparé para vivir esta fusión en el plano interior con tanta lucidez e intensidad como fuera posible. Fue entonces cuando escuché una música de una extraña belleza. Comparadas con ella, nuestras más bellas sinfonías parecían cosa de niños. Sin ninguna duda, se trataba de la «*música de las esferas*» tan querida por Pitágoras, sabio entre los sabios. Me vino entonces a la memoria esta poesía musical conocida por los Iniciados:

*«Ut queant laxis
Resonare fibris
Mira gestorum
Famuli tuorum
Solve polluti
Labbii reatum
Sancte Ioannes».*

Mecido por esta melopea cósmica, me dejé absorber por el Sol con confianza, no sin mirar por última vez al fénix a los ojos y darle las gracias, no tanto por haberme salvado la vida sino por todo lo que había vivido en su compañía. En este preciso instante,

tuve el sentimiento profundo de no ser más que uno con él o, más exactamente, de unir mi alma a la suya y de conocer de esta manera las «*Bodas químicas*» a las que todo rosacruz aspira. Después llegó la Iluminación: remontando en consciencia hasta los orígenes de la Creación, asistí al *bing bang*, a esa extraordinaria explosión cósmica de donde surgió el universo, que no cesó a continuación de expandirse hasta los confines de lo infinito.

Vi igualmente cómo Dios, esta Inteligencia, esta Consciencia, esta Energía absoluta e intemporal, insufló en el universo en formación un Alma pura y perfecta, y cómo este Alma universal comenzó a animar a todas las criaturas que la pueblan desde hace eones de tiempo. Lo que presentía como una evidencia me fue entonces confirmado: existe una infinitud de mundos en la Creación, y el nuestro es uno entre muchos otros. Algunos están más evolucionados; otros lo están menos.

Después, como si se tratara de una película acelerada, vi desarrollarse las grandes etapas que marcaron la formación de la Tierra, desde el estado ígneo que tenía en su origen, hasta la formación de los continentes que conocemos hoy en día. Asistí igualmente a la aparición de la vida, desde las primeras criaturas que se desarrollaron en los mares y en los océanos, hasta llegar a la humanidad, pasando por el famoso reino de los dinosaurios. Con toda certeza, los hombres no forman un reino aparte; ellos son la conclusión de un proceso evolutivo que se remonta a los primeros seres que poblaron nuestro planeta.

A continuación fue la historia general de la humanidad la que desfiló sobre la pantalla de mi consciencia, incluidas todas las épocas y todos los países. En unos instantes, reviví muchos acontecimientos relevantes; extrañamente, todos eran positivos y constructivos, lo que me hizo pensar de nuevo en las maravillosas visiones que había recibido anteriormente. Este viaje en el tiempo me hizo especialmente feliz y no hizo sino reavivar la confianza que siempre he tenido en el hombre, porque sé que es de origen divino y que el alma que le anima es fundamentalmente bondadosa.

Pensaba que este viaje acababa, cuando me vi a mí mismo en la época en que me hice conocer por primera vez por el nombre de Christian Rosenkreutz. Percibí con gran emoción el periplo iniciático que me llevó a fundar la Orden de la Rosa-Cruz, así como los momentos pasados reuniendo los conocimientos que tanto yo como mis hermanos deseábamos transmitir a la posteridad. Entre esos momentos, estaban los que dedicamos a transcribir el «*Liber Mundi*», no sin aportarle nuestros propios comentarios.

Me regocijaba la idea de ver «*desde el exterior*» cómo se desarrollaba mi muerte, o más exactamente, la transición de mi alma, así como la tumba en la que iba a reposar mi cuerpo, cuando la alarma de un coche me sacó bruscamente de mi ensueño. Todavía era de noche, pero en lugar de volver a dormirme, me levanté, a fin de anotar de la manera más precisa posible lo que había soñado. Una vez hecho esto, medité hasta el amanecer sobre el significado de todo lo que había visto, comprendido y sentido durante este extraño viaje fuera del tiempo y del espacio, sin olvidar dar las gracias al Dios de mi corazón por habérmelo inspirado.



Si deseaba compartir este sueño con vosotros, es porque he pensado que podía suscitar reflexiones útiles para todos. Soy muy consciente de que en el inicio del año 2016, el mundo está muy alejado de las visiones idílicas que percibí durante lo que he designado con el nombre de «*ascenso celeste*». Su situación, en todos los aspectos, es más preocupante. Además, ¿tienen estas visiones un valor premonitorio, o son solo proyecciones oníricas del porvenir que deseo ardientemente para toda la humanidad? Cada cual puede responder a su gusto...

¿Quién no ha soñado jamás con un mundo, si no perfecto, al menos mejor, donde todos puedan vivir bien independientemente del país en que residan? Si lo queremos realmente, este sueño puede convertirse en realidad. Esto supone, naturalmente, actuar en consecuencia, tanto en el plano individual como colectivo. Cuatro siglos después de la publicación de las «*Bodas químicas de Christian Rosenkreutz*», estas «*Nuevas bodas*» son a la vez un mensaje de esperanza y una invitación a imaginar ahora lo que la humanidad del mañana puede y debe llegar a ser. Esto es precisamente lo que me ha incitado a relataros mi sueño.

Como seguramente sabéis, la mayoría de los alquimistas de antaño trabajaban para transmutar los metales viles en oro por medio de la Piedra filosofal, Sustancia subliminal que obtenían como consecuencia de un proceso operativo que constaba de siete etapas principales. Algunos de entre ellos, de los que yo formaba parte, se dedicaron a una alquimia que no era material, sino espiritual. Lo que les importaba no era la obtención del oro, sino la adquisición de la sabiduría. Esta ha sido siempre la finalidad de los Rosacruces que viven entre vosotros, puesto que conozco cuánto desean contribuir a la mejora del mundo.

En la «*Positio Fraternitatis Rosae Crucis*», publicada en 2001 por la Antigua y Mística Orden de la Rosa-Cruz, podemos leer acerca de la alquimia:

«Es bien sabido que los Rosacruces del pasado practicaban la alquimia material que consistía en transmutar en oro los metales viles, especialmente el plomo y el estaño. Lo que a menudo se ignora es que también realizaban una alquimia espiritual. Nosotros, los Rosacruces de los tiempos presentes, damos prioridad a esta última forma de alquimia porque el mundo la necesita más que nunca. Consiste, para todo ser humano, en transmutar los defectos en sus cualidades opuestas, para adquirir precisamente las virtudes a las que nos hemos referido anteriormente. Pensamos en efecto que estas son las virtudes que constituyen la dignidad humana, y que el Hombre solamente es digno de su estatus cuando las expresa a través de lo que piensa, dice y hace. Es evidente que si todas las personas, independientemente de sus creencias religiosas, de sus ideas políticas o de otro tipo, hicieran un esfuerzo por adquirir estas virtudes, el mundo entero sería mejor».

En el año 2014, la AMORC publicó un segundo Manifiesto titulado *«Appellatio Fraternitatis Rosae Crucis»*. Completando la *«Positio»*, de la misma manera que la *«Confessio»* completaba la *«Fama»*, la *«Appellatio»* no es extraña al sueño que acabo de relatar a través de estas pocas páginas. Podría incluso decir que este Manifiesto contiene sus claves y que muestra la vía a seguir para que este sueño, esta utopía, se convierta en realidad. Habiéndola leído y meditado, os animo a que hagáis lo mismo y a que deis todo su sentido a estas *«Nuevas bodas químicas de Christian Rosenkreutz»*. Para convenceros de ello, dejadme que os presente un corto extracto de la *«Appellatio»*:

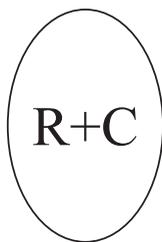
«Según los antropólogos, la humanidad "moderna" apareció hace unos doscientos mil años. A escala de una vida humana, puede parecer muy antigua. Pero respecto a sus ciclos de evolución, está en su adolescencia y muestra todas sus características: está a la búsqueda de su identidad, busca su destino, da muestras de despreocupación e incluso de inconsciencia, se cree inmortal, se entrega a los excesos, desafía la razón y se mofa del buen sentido. Esta etapa evolutiva, con su parte de dificultades, pruebas y fracasos, pero también de satisfacciones, éxitos y esperanzas, es un paso obligado que

debe permitirle crecer, madurar, desarrollarse y finalmente realizarse en los planos material y espiritual. Pero para ello, debe llegar a ser adulta».

Con estas reflexiones voy a dejaros ahora con vuestras ocupaciones y a retomar las mías. Como decía al comienzo, continúo velando por el destino de la Orden de la Rosa-Cruz. ¿Nos encontraremos quizás algún día? De cualquier manera, permitidme expresaros mis más fraternales pensamientos y dirigiros mis mejores deseos de Paz Profunda, con la esperanza de un porvenir lo más bello posible para el mundo entero...

!^EJ IJA EAj

Sellado el 6 de enero de 2016



Año rosacruz 3368

